

No carece, pues, de fundamento, en tésis general, el orgullo de la mujer.

Si el orgullo es, como dice Casti, la hidropesía moral de las cabezas humanas, fuerza es convenir en que el sexo femenino se halla horriblemente atacado de esa grave enfermedad.

No hay nada más difícil que saber tener orgullo. El orgullo sale á la superficie muchas veces por un exceso de humildad, de paciencia, de lealtad y de todo afecto mal educado, como que es el amor propio ó la estimación de sí mismo sin límites, sin el *modus in re* que constituye la modestia; cuando el orgullo sale á la superficie de este modo, aparece más repugnante por lo mismo que se complica con la hipocresía.

No negaremos que en ocasiones el orgullo es el mejor centinela del pudor; pero no causa gran edificación ni ofrece gran seguridad una virtud que para conservarse há menester que la custodie un vicio.

Entre la dignidad y el orgullo hay la misma semejanza que entre la llama que ilumina y la llama que quema.

La modestia exagerada es la medianería que separa á aquellos dos sentimientos.

Una mujer francamente orgullosa es mil veces preferible á una mujer hipócritamente modesta.

Para destruir el orgullo es fuerza atacarlo en sus bases principales: estas bases son la hermosura, el nacimiento y la riqueza.

II.

Es injusto, pero no de todo punto intolerable, el orgullo que se funda en la belleza.

Tiranía de corta duración llamó Sócrates á la belleza; de engaño mudo la calificó Teófrasto; un mal hermosísimo es en el concepto de Teócrito.

Nos es indiferente.

Digan cuanto quieran los filósofos, la belleza es el arma poderosa con que el sexo débil neutraliza en cierto modo su debilidad.

Si fuesen ingenuos los filósofos, confesarían de buen grado que á veces dieran por sólo una mirada de una mujer toda la doctrina de Descartes, y aún todas las teorías de Platon.

A propósito. Este Platon de los filósofos recibe culto con frecuencia entre los enamorados.

¡Cosa rara! La filosofía y el amor tienen puntos de contacto.

La historia de todos los pueblos encierra multitud de páginas escritas al resplandor de las llamas y de las devastaciones. Esas llamas debieron casi siempre su origen á una sola chispa; á una chispa desprendida de los ojos de una mujer.

Si lucha el guerrero con heroísmo, si pide y alcanza el artista torrentes de inspiración; si mendiga honores el cortesano, de cierto esperan, más que el aplauso del mundo, la dulce sonrisa de unos labios de coral.

¿Qué fuera Apolo sin Dafne? ¿Qué fuera el

Dante sin Beatriz? ¿Y qué fuera Petrarca sin su Laura?

El gran Shakespeare ha dicho que es la mujer un manjar digno de los dioses, cuando no lo guisa el diablo.

Y es verdad; pero no lo es ménos que el diablo no entraria en la cocina si las más veces no le abriera el hombre la puerta.

Al hombre se deben, en efecto, la idea que la mujer llega á adquirir de su belleza, y los extravíos á que de ordinario la conduce.

Si algunas mujeres se convenciesen de que la hermosura es el primer presente que la naturaleza les hace y lo primero que les quita, no llevarian al extremo su idolatría personal.

Como por lo comun no se educa á las mujeres, no se las enseña á ocuparse dignamente en los demás, tienen que ocuparse *modestamente* en sí mismas; y como es la belleza la dote que juzgan de más precio, convierten hácia ella su pasmosa actividad; los medios de acrecentar sus atractivos son su cuestión capital.

¡Inocentes! Ignoran sin duda que toda belleza, por soberana que sea, toca con las plantas en la tierra.

¿Se sabe en qué consiste la belleza?

Segun el africano, en la descomunial dilatación de la boca; segun el brasileño, en la forma y proporciones de la nariz; segun el chino, en la admirable pequeñez del pié; para los haitanos no hay mejor gracia que el charol reluciente de la tez; en Holanda se mide la belleza en razón directa de la estatura; en Nápoles, vice-versa. Unos países de Europa atribuyen todo el mérito al color sonrosado que realzan con su mirar apacible unos ojos de cielo por el matiz y la dulzura. En otros países ocupan el trono de las hermosas los tipos esbeltos de tez morena, morena porque lá tuesta el fuego de unos ojos negros ó garzos, donde refleja la aurora sus luces más brillantes.

Deducciones.

La belleza no es una. Existen muchas mujeres bellas, que, sin embargo, no se parecen entre sí.

Hay mujeres que no son bellas, absolutamente hablando, y no obstante ponen á prueba los corazones de mejor temple: tan cierto es que la hermosura no sólo consiste en la excelencia de las prendas personales, sino en la impresión que aciertan á causar.

Hay quien explica la belleza de una manera matemática, por una série de enumeraciones que serian solamente ridículas si á veces no merecieran otra calificación.

Las llamadas gracias naturales se ven, se admiran, pero no se describen: no se las confunde, sin embargo, con el gracejo; las gracias son naturales, el gracejo es de ordinario adquirido: aquellas se reciben de Dios; éste procede del arte.

El orgullo que se revela muchas veces por entre las gracias del rostro, perjudica notablemente la impresión; es una especie de